



BIBLIOPERIODICO

Rosario, setiembre de 2013.-

Nº 4 Edición gratuita
Obsequio

Semana de la Biblioteca

El tiempo hoy: Sin carras largas

arde de sábado. Recorrés con el índice los lomos de tus libros y decidís que uno de Pessoa es perfecto para esta tarde nubladita y con lloviana. O te vas hasta la biblioteca de tu barrio -la misma en la que leíste Mujercitas por primera vez- y te volvéis a casa con dos o tres tomos, muerta de ganas de empezar a leerlos ya mismo, acurrucada junto a la estufa.

Los que amamos la lectura y disfrutamos del placer infinito de tener un libro entre las manos sabemos que cualquiera de estos dos momentos son gloriosos.

Pero no todos, alrededor del mundo, tienen la suerte de acceder a un buen libro. Para algunos, porque la pobreza lo convierte en un lujo que no pueden permitirse; para otros, porque viven en lugares inaccesibles adonde los libros no llegan. Para muchos más, porque la falta de educación básica los priva del placer de leer.

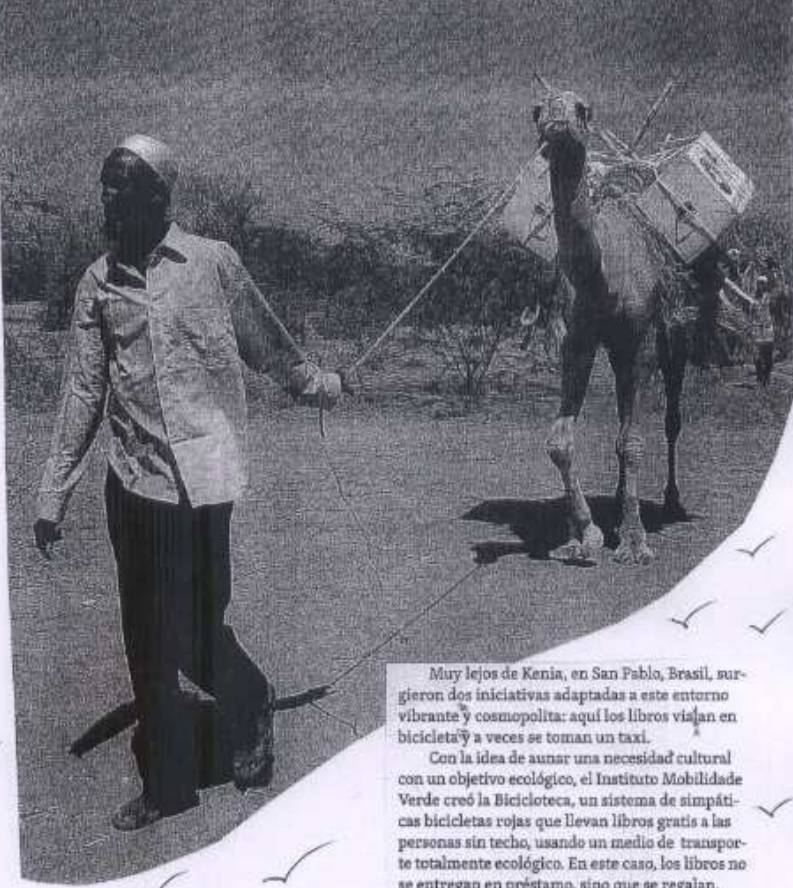
Por fortuna, hay muchísimas personas creativas que encontraron formas originales de reunir a los libros con sus lectores. Estas bibliotecas viajeras dan testimonio de estos espíritus emprendedores, como el del profesor Humberto Soriano, un maestro colombiano de escuela primaria que vive en el norte de Colombia, una zona de caminos intransitables y pequeñas aldeas rurales dispersas, muy pobres y aisladas.

Soriano descubrió en sus primeros años de docencia el impacto transformador que la lectura tenía en sus alumnos de escuelas rurales. "Si los niños no tienen biblioteca, hay que inventarles una", dijo. Hace más de una década, un sábado de 1990, cargó setenta libros (la mayoría, suyos) sobre los lomos de dos burritos, llamados Alfa y Beto, y salió a recorrer los difíciles caminos del norte colombiano. Así nació Biblioburro, una auténtica institución que, cada fin de semana, lleva libros a los habitantes de esta región.

El maestro sale al amanecer, montado en uno de los burritos; en el otro, sobre alforjas de madera que hacen las veces de estantes, van cargados casi ciento veinte libros. Hay cuentos infantiles, novelas y diccionarios. Humberto se detiene cerca de cada aldea, donde los chicos lo esperan con ansiedad; allí, debajo de algún gran árbol,

improvisa una sala de lectura al aire libre. A paso lento pero firme, Biblioburro ya llegó con libros a más de cuatro mil niños.

Bibliotecas viajeras



Muy lejos de Kenia, en San Pablo, Brasil, surgieron dos iniciativas adaptadas a este entorno vibrante y cosmopolita: aquí los libros viajan en bicicleta y a veces se toman un taxi.

Con la idea de aunar una necesidad cultural con un objetivo ecológico, el Instituto Movilidad Verde creó la Bicicloteca, un sistema de simpáticas bicicletas rojas que llevan libros gratis a las personas sin techo, usando un medio de transporte totalmente ecológico. En este caso, los libros no se entregan en préstamo, sino que se regalan.

Bibliotaxi, la otra propuesta de la misma institución, distribuye en los taxis locales libros que iban a ser reciclados y convertidos en papel. Gracias a esta buena idea, prolongan su vida útil y entretienen a los pasajeros.

En nuestro país, el Bibliomóvil del programa "Sumergite en la Lectura", de la Comisión Nacional de Bibliotecas Populares (Conabip), recorre diferentes ciudades y, desde hace dos años, se instala en las playas de la costa atlántica para difundir la lectura en vacaciones.

También de inspiración local es la Biblioneta, que rueda desde 2010. Creada por un grupo de artistas liderados por Majo Turner, visita plazas, clubes y escuelas llevando libros y espectáculos musicales y de narración oral. Abrió la ventana de tu casa y tal vez te sorprenda alguna original biblioteca móvil pasando por tu barrio. O abrí tu corazón, e inventá la próxima biblioteca rodante que lleve, adonde haga falta, la felicidad de leer un buen libro. ■

Basta con abrir los ojos y mirar con atención para descubrir bibliotecas itinerantes por todo el mundo, a cual más ingeniosa.

En Kenia, África, hay un sistema de biblioteca ambulante que viaja sobre camellos: es la Camel Mobile Library, que provee libros a las comunidades nómades que habitan en pleno desierto, en la zona de Garissa. Esta biblioteca no espera a sus clientes: ¡los sigue adonde van!

Como en Colombia, aquí se lee al aire libre; los libros se distribuyen sobre esteras, extendidas en la arena, y mientras los chicos eligen qué van a leer, los camellos descansan a la sombra de algún arbolito acogedor.



BUENOS AIRES
¡Salgan del arenero y vengan a leer! Llegó el Bibliomóvil

Nadie acabará con los libros

(...) La cuestión, más bien, es saber los cambios que la lectura en pantalla provocará en ese objeto que hasta hoy hemos conocido únicamente pasando sus páginas. ¿Qué ganaremos con esos nuevos libros blancos? ¿Qué perderemos? Costumbres anticuadas, quizá; una aureola de sacralidad de la que goza el libro en el contexto de una cultura que lo ha situado en el altar; una intimidad especial entre el autor y su lector, que la noción de hipertextualidad ciertamente pondrá en crisis; la idea de «broche» que el libro simboliza y, por supuesto, también determinadas prácticas de lectura. «Al romper el antiguo vínculo entre los discursos y su materialidad —declaraba Roger Chartier con ocasión de su lección inaugural en el Collège de France—, la revolución digital obliga a una revisión radical de los gestos y de las nociones que relacionamos con el texto escrito.» Nos obligará, probablemente, a profundas transformaciones de las que nos recobramos.

(...) El libro parece una especie de «rueda del saber y del imaginario» que las revoluciones tecnológicas anunciadas o temidas no eliminarán. Habiéndolo puntualizado, puede empezar la verdadera discusión.

El libro se está preparando para su revolución tecnológica. Pero ¿qué es el libro? ¿Qué son esos libros que, en nuestras estanterías o en las de las bibliotecas de todo el mundo, encierran los conocimientos y las fantasías que la humanidad acumula desde que es capaz de escribir? ¿Qué imagen nos ofrecen de la humana odisea del espíritu? ¿Qué espejos nos proponen? Y si nos limitamos a considerar solo lo mejor de esa producción —las obras maestras sobre las cuales se establece el consenso cultural—, ¿seguimos siendo fieles a su función, que es simplemente poner a resguardo lo que el olvido amenaza con aniquilar a cada momento, o quizá debemos aceptar una imagen menos halagüeña de nosotros mismos, reflexionando sobre la extraordinaria indigencia que caracteriza también esa profusión de escritos? El libro, ¿es necesariamente el símbolo de nuestros progresos que nos hacen olvidar las tinieblas de las que creemos haber salido ya para siempre? ¿De qué hablan exactamente los libros?

A estas inquietudes sobre el tipo de testimonio que dan nuestras bibliotecas para un conocimiento más sincero de nosotros mismos, hay que añadir los interrogantes sobre lo que ha llegado exactamente hasta nosotros. ¿Son los libros el fiel reflejo de lo que el genio humano, mejor o peor inspirado, ha producido?

Nada más formularla, la pregunta nos hace abrigar dudas. ¿Cómo no pensar inmediatamente en las hogueras en las que tantos libros siguen consumiéndose? Como si los libros y la libertad de expresión en cuyo símbolo se convirtieron al instante hubieran generado otros tantos censores interesados en controlar su uso, su difusión y, a veces, en confiscarlos para siempre.

Y cuando no se ha tratado de destrucción programada, el fuego, por su innata pasión de quemar y reducir a cenizas, ha obligado al silencio a bibliotecas enteras, como si las hogueras se alimentaran las unas a las otras hasta generar la idea de que esa incontrolable profusión justifica una forma de regulación. Por eso, la historia de la producción de los libros no puede disociarse de la historia de un auténtico «bibliocausto» siempre renovado. Censura, ignorancia, estupidez, Inquisición, autos de fe, negligencia, distracción, incendios, han representado escollos, a veces funestos, en el camino de los libros. A pesar de todos nuestros esfuerzos por archivarlas y conservarlas, no hemos conseguido impedir que algunas *Divinas comedias* queden para siempre desconocidas. (...)

(...) «El ser humano es una criatura verdaderamente extraordinaria. Ha descubierto el fuego, edificado ciudades, escrito magníficas poesías, dado interpretaciones del mundo, inventado mitologías. Pero al mismo tiempo no ha dejado de hacer la guerra a sus semejantes, no ha dejado de engañarse, de destruir el ambiente que le rodea. La suma algebraica entre vigor intelectual e idiotez da un resultado casi nulo. Por lo tanto, si decidimos hablar de imbecilidad, en cierto sentido hacemos un homenaje a esa criatura que es a medias genial y a medias imbécil.»

Si consideramos los libros como el reflejo exacto de las aspiraciones y de las capacidades de una humanidad en busca de crecimiento y progreso, entonces los libros tienen que traducir necesariamente ese exceso de honor y esa vergüenza. Por eso, no pensemos que vamos a poder desembarazarnos ni de estas obras engañosas, erróneas, ni de nuestro punto de vista, todos ellos igualmente estúpidos. Nos seguirán como sombras fieles hasta el fin de los tiempos y nos hablarán sin mentir de lo que hemos sido y, sobre todo, de lo que somos. Es decir, buscadores apasionados y tenaces pero también sin demasiados escrúpulos. El error es humano en la medida en que pertenece solo a los que buscan y se equivocan. Por cada ecuación resuelta, por cada hipótesis verificada, por cada proyecto realizado, por cada visión compartida, ¿cuántos son los caminos que no han llevado a ningún sitio? De este modo, los libros iluminan el sueño de una humanidad liberada por fin de sus agotadoras infamias pero también lo oscurecen y lo empañan. (...)

El libro, a pesar de los desgastes provocados por los filtros, al final supera todas las emboscadas, para bien o para mal. Ante el desafío que representa la digitalización universal de los escritos y la adopción de nuevos instrumentos de lectura electrónica, esta evocación de las venturas y desventuras del libro permite relativizar las mutaciones anunciadas. (...)

Jean-Philippe de Tonnac - Prólogo Nadie acabará con los libros

Aquí hay una historia extraordinaria. Su protagonista es Paul Pelliot, lingüista francés, joven explorador de principios del siglo XX. Era un arqueólogo y lingüista superdotado, un poco como Champollion el siglo anterior. Trabajaba con un equipo alemán en China occidental, en la región de Dunhuang, en una de las rutas de la seda. En efecto, gracias a los caravaneros, se sabe desde hace mucho tiempo que en esa región existen cuevas que contienen estatuas de Buda y cantidades de otros objetos. Pelliot y sus colegas descubrieron, en 1911, una cueva que había permanecido emparedada desde el siglo X d.C. Negociaron con el gobierno chino y consiguieron abrirla. ¡Resultó que contenía setenta mil manuscritos, todos anteriores al siglo XI! Algunos sostienen que se trata del mayor descubrimiento arqueológico del siglo XX. ¡Una caverna de libros desconocidos! ¡Imaginemos que penetramos de repente en una sala de la biblioteca de Alejandría, en la que todo está intacto! Pelliot, ojo ejercitado como pocos, debió de experimentar algo parecido, un gozo inmenso. ¿A qué velocidad latía su corazón? Uga fotografía lo muestra sentado entre pilas de textos antiguos, iluminándose con una vela. Feliz como por un milagro, sin duda.

Pelliot permaneció tres semanas en la cueva, en medio de esos tesoros, y empezó a clasificarlos. Descubrió dos lenguas desaparecidas, entre ellas el pahlavi, una antigua lengua persa. Halló también el único texto maniqueo que poseemos escrito, en chino, por los mismos maniqueos y no por sus adversarios, un texto al cual mi mujer, Nahal, le dedicó su tesis. A Mani se lo llama «Buda de luz». Y había también muchos otros documentos extraordinarios. Textos de las tradiciones más diversas. Pelliot consiguió convencer al gobierno francés, con el acuerdo de los chinos, de que comprara unos veinte mil manuscritos. Hoy en día constituyen el fondo Pelliot de la Bibliothèque Nationale. Siempre en curso de traducción y estudio.

Los invitamos a leer esta historia escrita por Julián De Frenza de 5 "B" T.T.

Kafka

Parte I

El aire pesado arruinaba el peinado de Muriel mientras ella caminaba apresurada hacia su trabajo. El sonido de sus tacones resonaba en su cabeza, pero no llegaba a escucharse más allá; el ruido de la calle era demasiado. Sus cuarenta y siete años le pesaban en todo el cuerpo, ya no era tan rápida y ágil como antes, cuando podía escurrirse perfectamente entre las multitudes que, como ella, iban y venían sin cesar. Todo esto era natural en una calle tan transitada, el ruido de los autos que pasaban, de los que frenaban, el de los pasos ajenos, de los retazos de conversaciones que se podían escuchar perfectamente todo el tiempo sin que nadie las oyera, el sonido de miles de corazones latiendo juntos hacia distintos destinos, sin prestar siquiera atención a que no eran los únicos transeúntes.

De entre todas las voces que podía escuchar, Muriel se descubrió oyendo un pedido de ayuda. Se detuvo en seco, no sin recibir mucho más de un empujón, e intentó prestar más atención, localizar la fuente del sonido. Hacia los lados sólo veía pasar hombros, rostros y cabellos, por lo que alzó la vista hacia las innumerables ventanas de los enormes edificios que empalizaban la calle. De una, casi sobre su cabeza, se asomaban los delgados brazos de una anciana, se sacudían buscando captar la atención de algún peatón. Muriel intentó hablar con la señora, pero ella parecía no oírlo. Sólo podía escuchar un interminable grito de "¡Ayuda, ayuda por favor, no encuentro a la mujer!".

Parte II

Contra toda predicción, en lugar de seguir caminando hacia su lugar de trabajo, Muriel buscó la puerta del edificio, y entró. La puerta, que aparentaba ser de bronce pero era mucho más liviana, se cerró detrás de ella sin hacer ruido. En contraste con el ruido de la calle, dentro del edificio reinaba un silencio casi absoluto; lo único que se escuchaba era el zumbido del ascensor, y el sonido de los tacos contra el piso. Mientras caminaba, Muriel acomodaba su mullido pelo, y al hallarse frente a la recepción preguntó:
-¿Sabe usted que hay una mujer asomada por su ventana, pidiendo ayuda a gritos?

El joven que allí trabajaba le contestó sin apartar la mirada de la revista que estaba leyendo.

- No, señora, desde aquí no podría oírlo. ¿En qué habitación se encuentra?
-No lo sé, yo solamente la vi desde la calle.
-¿Desde la calle? Entonces debe ser de la 401.
-¿Cómo sabe? Hay cientos de departamentos con ventanas que dan a la calle.
-Sí, pero todos los que tienen esa vista, poseen su número terminado en uno.
-Le repito mi pregunta, ¿cómo sabe que es la 401? ¿Cuántos números conoce usted que terminan en uno?
-Muchos, señora.

Parte III

- El muchacho demoraba mucho en contestar, parecía que esperaba a terminar de leer cada página antes de empezar a hablar.
-¿Es esto una broma?- preguntó Muriel con indignación.
-No, señora, si fuera una broma, debería estar divirtiéndome, y no lo estoy.
-¡No me interesa! ¡Por favor, ayude a la pobre mujer que me pidió ayuda a gritos!
-Le pidió ayuda a usted, no a mí.
-¡Bien! La ayudaré yo, en ese entonces; ¡sólo dígame cómo encontrarla, joven!
-Señora, una vez más, fue usted quien la vio, no yo. No tengo forma de ayudarla.

Luego de pensar un momento (y de tragarse su furia e indignación), Muriel preguntó con voz pacífica:

- La mujer que vi estaba a unos treinta, tal vez cuarenta metros de altura.
¿Podría indicarme, por favor, qué pisos podrían ser esos?
-Deben ser entre el piso 65 y 73.
-¡Imposible! Si aquí estamos al nivel de la calle, ¿cómo sería posible que haya sesenta pisos desde aquí hasta cuarenta metros más arriba? ¿Mide un metro y medio cada piso?
-No, tiene razón, ha de haber sido en el piso 3.
-¡Joven! No me tome el pelo, por favor... ¿Cómo van a haber sólo tres pisos desde aquí hasta treinta metros más arriba?

Esta vez, el empleado tardó más que nunca, tal vez más que todas las otras veces juntas, pero finalmente contestó:
-Sinceramente, no lo sé, a mí nunca me preguntan nada.

Parte IV

Sin decir palabra, Muriel se dirigió hacia los ascensores. Llamó a uno y lo esperó. Veía las luces encenderse y apagarse, indicando el paso del elevador. En principio descendió hasta la mitad del camino, pero luego comenzó a subir de nuevo. Muriel supuso que el botón no habría funcionado correctamente, por lo que lo presionó nuevamente. Esta vez el ascensor bajó hasta el piso inmediato superior al que ella se encontraba, y empezó a subir otra vez. Bajó y subió incontables veces mientras ella insistía llamarlo. Llegó al piso 76 cuando decidió probar suerte con las escaleras.

Habiendo calculado algo más de dos metros desde el piso hasta el techo, la anciana debía estar entre los pisos 12 y 20. Muriel comenzó a subir las escaleras de mármol mientras se admiraba con su forma, los escalones describían una amplia letra U que conectaba cada piso con los siguientes. La luz era poca, por lo que el ascenso era algo dificultoso; pero al cabo de poco tiempo, los ojos de la mujer pudicron acostumbrarse a la poca luminosidad. Lo que supuso que haría de la subida algo más rápido, realmente no cambió nada: cada escalera parecía más y más larga que la anterior; los escalones, más separados; la oscuridad, mayor. Llegar al piso 11 supuso toda una odisea, y ya que no tenía ningún reloj a mano, no existía forma para Muriel de saber hacia cuanto tiempo que estaba subiendo, pero sentía como si la vida se le fuera en ello.

Parte V

En un tramo de la escalada se había puesto a pensar si realmente valía la pena esforzarse tanto por una anciana desconocida; también pensaba que tal vez la dama ya había hallado a la misteriosa mujer que gritaba no encontrar, o que tal vez ya había sido asistida por alguien más. Sí, seguramente eso habría pasado, alguien más ya la habría ayudado. Pero, al darse vuelta para regresar, reflexionó un instante más, y concluyó en que echarse atrás en ese punto sería desperdiciar todo el tiempo invertido.

Cuando alcanzó el piso deseado, se dispuso a buscar el departamento. El primer número que vio fue el 12001. Por su experiencia en viajes y alojamiento, recordó (o más bien, intentó auto-convencerse) que la numeración hotelera no era, necesariamente, correlativa; era imposible que, en los pisos recorridos, haya habido doce mil puertas. Sin embargo, la vista se le perdía en la lejana oscuridad antes de ver el final del pasillo. Decidida a encontrar la habitación, comenzó a recorrerlo manteniendo



BUENOS AIRES
En el centro de la urbe, la Biblioteca de San Telmo va con sus libros por las calles de esta ciudad maravillosa.



BOGOTÁ
Para los amantes de los libros "motorizados" de Bogotá, llevan al alceastro las bibliotecas y sus libros por los caminos del norte colombiano.



BUENOS AIRES
Abran las puertas de la Biblioneta y que empiece la función: cada viaje es una sorpresa que combina música, libros y espectáculos de narración oral.

Un análisis de LA BIBLIOTECA DE BABEL (de Jorge Luis Borges)

Noé Jirík afirma que en muchos cuentos de *Ficciones*, "el libro es el motor principal, el centro en torno del cual gira lo que se cuenta" (*El Fuego de la especie*, p. 142). En "La Biblioteca de Babel" se trata de explicar la existencia del universo, al que muchos llaman Biblioteca, el cual es interminable e infinito. La Biblioteca no es más que un símbolo y este universo, a su vez, posee un orden, que también por ser infinito es impenetrable.

Jitrik establece también, que la acumulación en la Biblioteca de todas las posibilidades resulta, en su sincronía, la negación de la posibilidad del conocimiento. En este cuento, afirma el autor, los libros giran incesantemente; son la imagen de lo ya resuelto e inmodificable y, por lo tanto, repetición. Dice Jitrik que la biblioteca es "infierno indestructible en el que se congela la mente humana" (*El Fuego de la especie*, p.145).

El rol de los libros es central en el cuento: ellos son de naturaleza informe y caótica, y la vida de los bibliotecarios gira en torno a explicar la existencia de estos libros; en torno, por ejemplo, a conjeturas sobre el idioma en que están escritos. Los bibliotecarios tienen la certeza que los libros están compuestos por los mismos 25 símbolos: el espacio, la coma, el punto y las veintidós letras del abecedario. Sin embargo, encuentran una gran incógnita en el momento de intentar descifrar esos volúmenes ilegibles: el intento de interpretarlos es constante, pero estos caóticos libros son impenetrables. Sostienen que:

"en algún anaquel de algún hexágono (...) debe existir un libro que sea cifra y el compendio perfecto de todo los demás (...)" (*Ficciones*, p.41)

y también, que uno de los bibliotecarios lo ha recorrido y descubierto que el libro es análogo a un dios. Este simbolismo, el de un libro que sea la existencia perfecta de todos los demás, permite llegar a la conclusión que los libros que nombra Borges son hombres, que habitan la biblioteca (el universo).

Borges explica que, a pesar de la imposibilidad de penetrar el entramado tejido por alguna divinidad, al que llama universo, no puede el hombre desistir en la tarea de planear esquemas humanos para la explicación de la existencia y los límites de dicho universo. Ni tampoco los intentos de los bibliotecarios de descifrar su contenido. Borges ironiza sobre este intento de los bibliotecarios:

"Antes de un siglo pudo establecerse el idioma: un dialecto samoyedo-lituano del guaraní, con inflexiones del árabe clásico" (*Ficciones*, p.39)

Además, este tópico de la confusión de lenguas hace pensar la conexión del título del cuento con el mito cristiano de la Torre de Babel, en la antigua Babilonia. En aquel lugar, los habitantes habían construido una torre para llegar al Cielo, y habían pagado con un castigo divino, el de la ininteligibilidad entre las lenguas que se hablaban en dicho centro urbano. La referencia en el cuento a la diversidad de lenguas y a los innumerables idiomas que se hallan fuera del alcance de los humanos, es muy clara.

De la visión caótica del universo emerge la imagen favorita de Borges: el laberinto. Este representa el vehículo a través del cual Borges lleva su cosmovisión a casi todos sus relatos.

"La biblioteca es ilimitada y periódica. Si un eterno viajero la atravesara en cualquier dirección, comprobaría al cabo de los siglos que los mismos volúmenes se repiten en el mismo desorden (que, repetido, sería un orden: el Orden)(...)" (*Ficciones*, p.42)

Jitrik afirma que el libro se "construye sobre un lenguaje que tiene detrás un pensamiento" y que "en la medida en que el libro se magnifica frente a la acción, en la medida en que, por consecuencia, el pensamiento se agiganta, esas figuras como el laberinto indicarán no tanto una forma de ser del mundo sino una dificultad del pensamiento." (*El fuego de la especie*, p.148)

Fuente de Internet: Calíope.blogspot.com